

cos que se acostumbraban á su posicion; tenian pocos dragones, y su caballería, que jamas escedió de novecientos hombres, iba casi toda ella montada en caballos tomados á los republicanos [1].

Cuando las tropas estaban reunidas, se dividian en diferentes columnas á fin de atacar los puntos señalados por los generales. Las órdenes que se daban eran: tal comandante á tal camino, ¿Quién lo sigue? Llegados al punto de ataque se daban las órdenes del mismo modo:—avanzad hácia aquella casa, hácia aquel árbol, saltad aquel vallado;—estas eran las solas órdenes que se daban; ni amenazas ni promesas de recompensas podian inducirlos á marchar adelante como batidores; cuando aquel deber era de todo punto necesario, los oficiales se veian obligados á tomarlo sobre sí. Los paisanos jamás iban á la batalla sin haber orado primero, y generalmente hacian la señal de la cruz antes de disparar sus mosquetes; estandartes tenian muy pocos, y solo se desplegaban en ocasiones solemnes; pero no tan pronto se ganaba la victoria, cuando los amontonaban en un carro junto con los tambores, y volvian á sus aldeas con cantos de triunfo (2).

Cuando comenzaba la batalla, se oia el ruido de la mosqueteria y del cañon; las mugeres, los niños y los ancianos, corrian á las iglesias ó se arrodillaban en los campos para implorar el

(1) Beauch., I., 185. 186. Larroche., 103.

(2) Larroche., 104. Jom., III., 390, 391.

triunfo de sus armas. Puede decirse que en tales ocasiones no habia sino un solo pensamiento, un solo deseo en todos los corazones de la Vendea, y cada uno aguardaba en oracion el éxito de una lucha, del que dependia su destino [1].

Como la insurreccion emanó de un sentimiento predominante, sin plan acertado, se guió del mismo modo sin objeto conocido, ni la menor mezcla de ambicion personal, y aun mucho despues que sus grandes victorias habian inspirado á los mas desconfiados la esperanza de contribuir de un modo mas poderoso al triunfo de la restauracion de la monarquía, los deseos de los insurgentes eran sin embargo de la clase mas moderada. Que el rey visitase siquiera una vez su apartado pais, que en memoria de la guerra se les permitiese colocar una bandera blanca en lo alto de sus campanarios, que se les concediese contribuir con un destacamento para la guardia real del soberano, y se llevasen á efecto algunos antiguos proyectos para la mejora de los caminos y la navegacion de los rios; hé aquí, todo lo que constituia los deseos de aquellos cuyo valor habia casi llevado á cabo la restauracion de la monarquía (2).

Los primeros triunfos de los habitantes de la Vendea y su valor entusiasta no extinguieron la humanidad, que su natural y la influencia de la religion habian nutrido en sus senos. Las atrocidades de los republicanos en las pos-

Su humanidad, hasta que fué agotada por los republicanos.

(1) Larroche., 104.

(2) Ibid., 104, 105.

teriores campanas de la guerra, la vista de sus aldeas incendiadas, y sus mugeres é hijos asesinados, introdujeron entre ellos un deseo insaciable de venganza; pero en los primeros meses de contienda, su dulzura era tan tierna como admirable su valor. Cuando entraban por asalto en las ciudades, ni robaban á los habitantes, ni les exigian contribuciones ni rescates; frecuentemente se les veia tiritar de frio ó casi perecer de hambre, y esto en medio de plazas abundantemente provistas de comestibles y provisiones (1). "En la casa en que me alojaba en Bre-suire, dice Mad. de Larrochejaquelein, habia algunos soldados que estaban lamentándose de no tener tabaco. Pregunté entonces sino lo habia en la ciudad; mucho, replicaron, pero no tenemos dinero para comprarlo. Al pié de nuestros balcones se ocasionó una querella entre dos hombres á caballo, y habiendo herido ligeramente uno de ellos á su antagonista, este le desarmó é iba á concluir con él, cuando Mad. de Larrochejaquelein exclamó desde sus ventanas: "Jesucristo perdonó á sus asesinos, y un soldado del ejército cristiano está á punto de matar á un camarada." El hombre avergonzado arrojó su sable y abrazó á su enemigo (2)." Estas tiernas escenas ocurrían en una ciudad recientemente tomada por asalto, ocupada al mismo tiempo por veinte mil insurgentes, y muy particularmente odiada por los realistas, á causa de

(1) Ibid. 90. (1) Bauch. I, 163, 164. Guerres des Vend. I, 89.
(1) Ibid. 91. Tom. II

las crueldades que sus guardias nacionales habian ejecutado contra el paisanage.

"En esta ciudad, anade aquella senora, me sorprendió el ver á los soldados en la tarde, rezando arrodillados conmigo y en mi misma casa, mientras que las calles estaban llenas igualmente de paisanos que oraban devotamente. Cuando concluíamos, me llevaban á ver su canon favorito llamado Maria Juana, primer trofeo conquistado de las tropas republicanas, quienes despues de haberlo tomado de nuevo, habian vuelto á perderle; le habian adornado con cintas y flores, y le abrazaban con lágrimas de gozo." Cuando Thouars fué tomado por asalto, se encontraba en la mas grande consternacion, como que aguardaban un terrible desquite por la matanza egercida contra los realistas en aquella misma ciudad, en el mes de Agosto anterior. ¡Cual no seria su asombro al ver á los soldados, que en lugar de asesinar ó cometer otros actos de crueldad, corrian á los altares de las iglesias á dar gracias á Dios, por el triunfo con que habia bendecido sus armas, habiendo tratado hasta á la misma guarnicion con la mayor humanidad. Doce solamente fueron los detenidos de cada departamento, y nada mas que como en rehenes, y el resto sin cambio ni rescate fué despedido á sus casas. [1]

Solo en un distrito, que manchaba la insurreccion con las mas espantosas atrocidades, en los pantanos del bajo Poitou, se vió á los pai-

(1) Bauch. I, 163, 164. Guerres des Vend. I, 89.
Tom. II 46

sanos apoderados de una sed irresistible de venganza, á consecuencia de las crueldades que los republicanos ejercieran contra los gefes realistas, durante la insurreccion del verano anterior. Machecoult fué tomado mientras Charrette estaba ausente, y bajo la influencia de las terribles noticias de las crueldades republicanas cometidas en Nantes y en Paris, una muchedumbre furiosa arrancó á los prisioneros, y mas de ochenta republicanos perecieron en un solo dia. Cerca de quinientos republicanos cayeron víctimas de la rabia de un consejo realista, á la cabeza del cual estaba un desgraciado llamado Sauchu, que poco despues enarboló su verdadera bandera uniendose á los republicanos, pero cayó víctima de la justa indignacion de las viudas de aquellos á quienes habia asesinado. [] Charrette á su vuelta se horrorizó de estas atrocidades, y conociendo que su autoridad militar no estaba perfectamente establecida para estorbarlas, recurrió al clero para que le ayudase con sus esfuerzos. Este inventó un milagro en la tumba de un santo, á fin de influir en la imaginacion del pueblo, y mientras estaban arrodillados al pie del altar, los conjuraban en nombre del Dios de paz, á no matar jamas sino en el momento del combate. Charrette prohibió al mismo tiempo bajo pena de muerte que se matase en su ejército á ningun prisionero, y en su misma casa ocultó á muchos zelosos republicanos, cuyas cabezas eran pedidas á gritos por sus soldados. A

(1) Beauch. I, 123, 124, 129. Th. IV, 172.

causa de estos medios se detuvo la crueldad que habia comenzado á manchar la causa real en el Bajo Poitou, verdadera respuesta cristiana á los salvages decretos de la Convencion; que ordenaban que todo insurgente tomado con las armas en la mano, fuese entregado á la muerte sin misericordia en el término de veinticuatro horas. [1]

M. de Bonchamps, gefe del ejército de Anjou, fué el mas distinguido de los caudillos realistas. Al valor heroico de los otros capitanes, reunia consumados talentos militares, y una elocuencia que le daba al mismo tiempo un dominio ilimitado sobre sus soldados. Si él hubiese vivido, el destino de la guerra habria sido probablemente muy diferente, y la expedicion del otro lado del Loira que condujo á tan desastrosos resultados, el principio de los mas esplendidos triunfos. Caballero en su porte, humano en su conducta, afable en su trato, era adorado por sus soldados que eran á la vez los mas experimentados y mejor disciplinados de las tropas vendeanas. En medio de los horrores de una guerra civil, y entre las disensiones de los gefes rivales, era enemigo de la intriga; libre de ambicion personal, estaba encargado de un mando debido solo á sus méritos particulares. Su carácter puede apreciarse por las palabras que dirigió á su jóven y triste esposa, en el momento en que se puso á la cabeza de su ejército. "Llama todo tu valor,

(1) Pieces Just, núm. 10. Beauch. I, 116, 123.

redobla tu paciencia y resignacion, que bastante necesidad tendras de ejercitar estas virtudes. No debemos engañarnos á nosotros mismos, ni esperar recompensa en este mundo por lo que aun nos resta que sufrir. Cuanto se pudiese ofrecer, seria siempre muy inferior á la pureza de nuestras razones y á la santidad de nuestra causa. Veremos nuestras casas incendiadas, seremos saqueados, proscriptos, ultrajados, calumniados, quizá asesinados. Demos pues, gracias á Dios por habernos permitido entrever lo peor, para que redoblando el mérito de nuestras acciones, podamos aguardar antes que se cumpla el vaticinio, la recompensa que espera á los que son valerosos en la adversidad y costantes en el sufrimiento. Levantemos nuestros ojos y nuestros pensamientos hácia el cielo: allí es donde encontraremos un guia que no puede estraviarnos, una fuerza que no puede quebrantarse, y una recompensa eterna por estos dolores transitorios. (1)

Chatelineau, plebeyo de nacimiento y carretero por profesion, fué el primero de los gefes que adquirió la confianza ilimitada de los soldados. A una inteligencia extraordinaria y á la mas esquisita sagacidad, reunia una elocuencia nerviosa, admirablemente calculada para influir en los soldados. Tenia treinta y cuatro años; era de carácter humilde, modesto y retirado; tenia tal reputacion

(1) Beauch. 25. Beauch. I, 98. Jom. III, 392. Th. IV, 176. Larroch. 93.

de piadoso y recto, que los paisanos le llamaban el santo de Anjou, y le buscaban ardentemente para colocarse á su lado en la batalla, creyendo como imposible que pudiesen ser heridos aquellos que estaban al lado de un hombre tan irreprehensible. (1)

Enrique de Larrochejaquelein, hijo del marques del mismo nombre, era el caudillo de todas las parroquias que estaban situadas al rededor de Chatillon. Habiendo rehusado seguir la corriente general de la emigracion, marchó por el contrario á Paris, á fin de apoyar la monarquia constitucional, y cuando la revolucion del 10 de Agosto trastornó el trono, volvió á la Vendea exclamando: "Me retiro á mi provincia, pero muy pronto oireis hablar de mi." No obstante que aun era jóven, adquirió la confianza de los soldados por su indomable corage y por su frialdad en medio del combate, lo que le ganó el sobrenombre de el intrepido. Le echaban en cara que llevado de su ardor natural se avanzaba demasiado en la pelea, olvidando al general por el soldado; frecuentemente antes de rendir á uno le ofrecia la libertad si queria aceptar un combate singular. Los consejos de guerra ó los deberes del general fatigaban su carácter ligero, y comunmente se adormecia despues de dar su opinion respondiendo á las reconvencciones de sus camaradas: "¿Por qué os empeñais en hacerme general?" Yo, tan solo deseo ser un husar y

[1] Larroch. 95. Beauch, I, 91, 92.

tener el placer de batirme." No obstante esta pasión por el peligro, era un hombre lleno de dulzura y humanidad, y cuando el combate habia concluido, no habia ninguno mas generoso con los vencidos.

A pesar de haber desempeñado los mas eminentes servicios, formaba para sí los mas humildes deseos. "Si nosotros colocamos al rey en el trono, decia, espero que me dará el mando de un regimiento de húsares." Hizo los mas grandes servicios en la guerra, y en el periodo mas crítico, fué elegido general en jefe por unanimidad. Despues de innumerables y heróicas acciones, cayó en una obscura escaramuza, y fué enterrado en el cementerio de Saint Aubin. "Una casualidad, dice el historiador, ha cubierto su tumba como así mismo la de su hermano Luis, con la flor de Aquiles, que jamás ha florecido sobre restos mas dignos del nombre que lleva (1)."

M. de Lescure el primo é íntimo amigo de Larrochejaquelein, se distinguia de él por un valor de un carácter totalmente diferente: frio, intrépido y sagaz, era no menos atrevido que su alegre camarada; pero ese valor resultaba de la reflexión y de la conciencia de su deber. Sus opiniones eran mucho mas consideradas por sus conocimientos de fortificación y de táctica; pero cierta dosis de obstinación disminuía el peso

(1) Genoude. 47. Beauch. 41. Larroch. 96, 98. Jom. III, 393.

de sus consejos. Su humanidad era angélica; durante toda aquella terrible contienda, en la cual los generales así como los soldados peleaban personalmente con sus enemigos, ni uno siquiera cayó por su propia mano, y aun en los peores tiempos, cuando las crueldades de los republicanos habian encolerizado á los hombres de mas suave natural, él trabajaba incesantemente para salvar las vidas de los prisioneros. Sábio, estudioso y meditabundo, se habia prescripto á sí mismo, á la edad de diez y ocho años, la mas severa economía para pagar las deudas de la estravagancia de su padre, y no fué sino á los veinticinco años, siendo ya padre de familia, cuando otros mas dulces sentimientos suavizaron la natural austeridad de su carácter. Su jóven esposa, hija única del marqués de Donnissan, y rica heredera, reunia á una belleza imponderable é infinitas gracias, un valor no comun entre las personas de su sexo. La única ocasion en que á él se le oyó jurar, fué cuando sus indignos soldados mataron junto á él á un prisionero á quien habia desarmado en el acto de disparar un mosquete contra su pecho; el número de vidas que salvó durante la guerra, es incalculable, y entre todos los gefes de aquella memorable lucha, él tan solo es el único que puede decirse con verdad, que jamás manchó su gloria con sangre humana [1].

En el grande ejército, como se llamaba al de

(1) Larroch. 97. Beauch. 47. Beauch. I, 147.

la Vendea, el principal gefe era M. De D'Elbée.

D'Elbée, sajón de origen, pero naturalizado en Francia. Cuarenta años tenia cuando comenzó la contienda; era entusiasta, devoto y supersticioso; pero su mérito principal consistia en una inalterable frialdad en el peligro, que rivalizaba con la del mismo Mariscal Ney. Su devoción era sincera, pero conociendo como Cromwell, que esta era la palanca mas poderosa para mover á los paisanos, llevó ésta hasta el último punto. Adquirió por su extraordinaria virtud un poder ilimitado sobre sus soldados, y justificó esta confianza por sus grandes conocimientos militares, por lo que al fin fué nombrado general en gefe, puesto que desempeñó con gran firmeza durante una época de ruinas y desastres (1).

Stofflé nacido en la Alsacia, y guarda de profesion, se distinguió desde muy temprano por su consagracion á la causa real, mandando algunos de los principales cuerpos del ejército; atrevido por carácter, áspero en sus maneras, jamas adquirió como los gefes nobles el amor de los soldados; pero su carácter exterior é indomable severidad, le hacian obedecerle sin réplica mas que á ningun otro caudillo, siendo sus servicios á causa de esto mismo, altamente valorizados por los generales realistas [2]. Activo, inteligente y valiente, era

[1] Jo. n. III, 392. Thuereau. Men. 92. Beauch. I, 97. Th. IV, 176.

(2) Larroch. 95. Jom. III, 394. Beauch. I, 95.

mas bien un experimentado guerrillero que un general, y cuando la muerte de los otros gefes le abrió el camino al mando supremo, su ambición y envidia contribuyeron mucho á la ruina de la causa comun.

Charrete, el último de este ilustre bando, alcanzó el último y mas grande periodo de esta lucha, en un momento en que la guerra habia llegado á ser una contienda de puestos. El fué primero teniente de marina; era de constitucion débil, pero los hábitos de la caza, á la cual era apasionadamente afecto, y en cuyo ejercicio se quedaba por meses enteros en los bosques, fortificaron su cuerpo á tal extremo, que le hicieron capaz de sufrir las mas grandes fatigas, al mismo tiempo que le relacionaron con los moradores y con el pais, teniendo de esta manera frecuentes ocasiones de atravesarlo. A causa de que desconfiaba del triunfo por la debilidad de los medios, rehusó por algunos dias capitanear al paisanage que le rogaba se pusiese á su cabeza; pero cuando cedió al fin, mostró al instante la decision de su carácter, exigiendo de ellos una sumision instantánea á sus órdenes órdenes, y su espíritu devoto le hizo jurar sobre los Evangelios en el altar mayor de la iglesia de Machecoult, fidelidad á la causa de Dios y del trono; su corage era sin limites; su firmeza invencible, sus recursos infinitos; y largo tiempo despues que en otras muchas partes habian ya desesperado de la con-

tienda, él, en los pantanos y bosques de la Baja Vendea, sostenia una lucha desesperada. Tal era el terror que inspiraban sus hazañas, que cuando estaba á la cabeza de catorce de sus camaradas tan solo, la Convencion le ofreció un millon de francos si queria retirarse á Inglaterra; pero rehusó noblemente el cohecho y con aquella fuerza tan pequeña, prefirió mas bien luchar contra un poder al cual los reyes de Europa se apresuraban á someterre (1) Entregado por último á sus enemigos, se sometió á su destino con una firmeza sin igual, y su glorioso de nombre dejó de ser el último y mas temible de los gefes vendeanos á *capite*. Las tropas que mandaban estos gefes, estaban separadas en tres divisiones. El primero, ó sea el

Las fuerzas que mandaban separadamente. ejército de Anjou, bajo las órdenes de Bouchamps, estaba compuesto de doce mil hombres, y destinado á combatir á los republicanos por el lado de Angers. El segundo, llamado el grande ejército, al mando de D'Elbée, ascendia á veinte mil hombres, y en algunas ocasiones importantes, podia levantarse al doble de aquel monto. El tercero llamado el ejército de Marais, obedecia las órdenes de Charrette, y en una época tambien llegó hasta veinte mil combatientes. Además de estos, un cuerpo de doce mil hombres, estaba estacionado en Montaigut, para abservar la guarnicion de Lucon, y muchos destacamentos pe-

(1) Th. IV, 195. And. VIII, 216. Beauch. I, 105, 106. Larroch. 415.

queños que ascendian en todo á tres mil hombres, guardaban las comunicaciones entre los grandes cuerpos [1].

Las primeras medidas de la Convencion para ahogar la rebelion, se señalaron por el sangriento espíritu que desde mucho antes habia caracterizado sus procedimientos. Al primer

aviso de rebelion, ordenaron á los soldados republicanos que esterminasen hombres, mugeres, niños, animales y vegetacion. Enviaron contra ellos á las infames bandas de marselleses, quienes á su llegada á Bressuire esclamaron inmediatamente que debian comenzar por dar muerte á los prisioneros; y rodeando la prision, mataron á once paisanos que pocos dias antes se habian tomado en sus camas como sospechosos de convenio con los insurgentes. El destino de estos valientes que fueron despedazados á sablazos mientras que de rodillas oraban á Dios, esclamando al mismo tiempo: *Vive le Roi*, escitó un entusiasmo general entre los habitantes. "Es penoso, decian los comisionados republicanos, verse obligados á proceder á las estremidades, pero no pueden evitarse, mientras exista el fanatismo de estos paisanos, de quienes no hay un solo ejemplo que hayan abandonado á sus señores; debemos quemar los vallados y los bosques, diezmar á los habitantes, enviar el resto al interior de la Francia, y poblar la tierra de colonos patriotas [1]."

[1] Jom. III, 388. Larroch. 92. Th. IV, 175, 176.

(2) Beauch. 22, 71, 72, 73.